

de 814, á los setenta y dos años de su edad, cuarenta y siete de reinado, y catorce de imperio.

El lugar de su sepultura fué la magnífica iglesia que habia edificado á la Santísima Virgen en Aquisgran. El mismo dia de su muerte colocaron su cadáver embalsamado en un pequeño nicho en donde le sentaron en una silla de mármol blanco cubierto de oro con las ropas imperiales: debajo pusieron el cilicio que solia llevar: en la cabeza le pusieron su corona, al lado su espada, y sobre las rodillas un libro de los Evangelios forrado de oro. Delante colgaron su gran cetro de oro, y el escudo que el Papa Leon habia bendecido. Despues llenaron de perfumes el sepulcro, le cerraron y sellaron levantando por la parte exterior un arco dorado con la estatua del príncipe, y este breve epitafio: *Aqui yace Carlos, grande y católico emperador, que extendió gloriosamente el reino de los franceses, y le gobernó cuarenta y siete años felizmente.* Por su retrato se ve que las cualidades del cuerpo correspondian á las del alma. Su talla era mas grande que lo regular; su porte magestuoso causaba respeto: su aire despejado, y su frente tan serena que cautivaba los corazones: sus ojos eran grandes y vivos, los cabellos muy largos y de una blancura que le daban en su vejez nuevo aspecto de magestad. En muchas iglesias es honrado como santo, y entre otras en Paris, Reims y Ruan; pero en algunas otras, como en la de Metz, todavia hasta poco há, se hacia por su alma todos los años un aniversario (1). Es verdad que el que le canonizó fué el antipapa Pascual II; mas por no haber reclamado los Papas legítimos, muchos sábios han tomado este silencio por aprobación.

(1) Bolland. *ad diem* 28 Jan.

Lo cierto es que fué uno de los mas religiosos y de los mas grandes príncipes que han ocupado el trono en tiempo alguno ó en alguna parte del universo. La tacha que le ponen y que parece marchitar sus virtudes, es el amor á las mugeres; pero tal vez las que se llaman concubinas ó mugeres de segundo orden, para distinguirlas de las cuatro que tuvieron sucesivamente el título de reinas ó emperatrices, las tendria en legitimo casamiento que no quiso solemnizar públicamente, temiendo multiplicar herederos con perjuicio del Estado. La falta mas bien fundada que en este punto le atribuyen, es haberse dejado llevar de los consejos de su madre para repudiar á Himiltruda, su primera muger, por casarse con Desiderata, hija de Didier, rey de Lombardia; pero esta culpa la reparó poco despues, y por las reconvenções de los obispos y del Papa Esteban despidió á Desiderata, y volvió á tomar á Himiltruda, de la que tuvo dos hijos. Las muchas mugeres que tuvo, pues casó sucesivamente con nueve, aunque legítimas, dan á entender una flaqueza difícil de justificar; pero no dejaria de expiarla con la penitencia, cuando así que murió se pensó en darle culto público; bien que su vida en el trono comparada con la depravacion de su siglo debe pasar por una maravilla.

Al menos es indudable que sus faltas no fueron incompatibles con sólidas virtudes. Este grande hombre, tan sabio legislador como valiente capitán, y tan hábil en la política como absoluto en el mando, fué tambien un fiel tan humilde y fervoroso como buen amo, buen padre de familias, y buen amigo. Todavía mas terrible á los enemigos de la Religión que á los del Estado, fué siempre el azote de la heregía y de la impiedad, el mas decidido protector de la Iglesia, y al mismo tiempo su hijo mas sumiso y su bienhechor mas generoso. Quería que en el lu-

gar santo se hiciese todo con el mas augusto esplendor; y con profusion santa proveia de vasos de oro y de plata, de todo género de ornamentos y de tantos vestidos sacerdotales, que durante el sacrificio ninguno ni aun los porteros se presentaban con sus vestidos ordinarios.

Habia hallado á la iglesia de Francia en un triste desorden. Su abuelo Carlos Martel se habia servido de todos los medios indistintamente para establecer una nueva dominacion. Daba los obispados y abadías á seculares, que en lugar de mantener sacerdotes y religiosos solo pensaban en procurar guerreros al Estado. Ya no se trataba de pagar los diezmos, ó la mayor parte de estos se daban á los militares; y así los eclesiásticos por espíritu de licencia ó por temor del desprecio dejaban las letras y las santas ocupaciones para tomar las armas. Y ¿qué influencia ejercieron estas ideas en las costumbres? Muchos sacerdotes mantenian con escándalo concubinas, y el contentarse con una sola esposa se alababa en ellos. Los monges y las religiosas no observaban votos ni clausura, ni habia regla, ni subordinacion, ni asistencia, ni decencia en los oficios divinos, y en muchas partes casi no conocian las cosas de la Religión. Habia provincias en donde no se habia juntado Concilio en sesenta años. El rey Pipino, mas bien establecido en la soberanía que Carlos Martel, habia hecho algunos esfuerzos para restablecer la disciplina, y en su tiempo se celebraron algunos Concilios, siendo el alma de ellos San Bonifacio, lumbrera de su tiempo, y publicaron Cánones y advertencias saludables, pero no fueron suficientes sino para impedir la prescripcion del mal.

Por último, Carlo-Magno viéndose rey y absoluto señor de la nacion, despues de la retirada de su hermano Carloman, manifestó tanto ó mas celo todavia por la gloria

de la Iglesia que por los intereses de su corona. Volvieron á celebrarse Concilios, publicó admirables capitulares y fué muy firme en hacerlos cumplir. Ningun abuso se escapaba á sus investigaciones. A las supersticiones paganas, á las ordenaciones simoniacas, á las costumbres disolutas y militares del clero, á las depredaciones de los bienes eclesiásticos, á todos estos desórdenes ya hemos visto cuántos diques oponia. Fué el restaurador de los estudios y de las costumbres, dos cosas que se sostienen una á otra. Era tan versado en la ciencia de la Religión, que escribió por sí mismo contra los hereges, y hablaba en los Concilios con la elocuencia y erudicion de un doctor. Poseia igualmente los conocimientos que en su tiempo tenian aprecio, como la astronomía, las matemáticas y la aritmética: hablaba con facilidad cuatro ó cinco lenguas extranjeras, y poseyó tan perfectamente su lengua materna, el aleman, que le redujo á reglas fijas y compuso la gramática.

Para animar al clero, le restituyó los antiguos privilegios y le concedió muchos nuevos; y aun parece que este genio superior, dotado por la naturaleza de aquel ascendiente que subyuga sin violencia y produce revolucion hasta en las ideas, hizo tomar al clero aquel grado de autoridad política cuyos tristes efectos veremos bien pronto bajo el dominio del príncipe débil que le sucedió. Los eclesiásticos tuvieron sus jueces propios para sus negocios y para sus personas; y los oficiales y magistrados civiles no se mezclaban ya en lo que al clero concernia, ni en lo criminal, ni en lo civil.

Carlo-Magno habia sacado de la barbarie la nacion francesa, y á su reinado se debe la forma de pueblo civilizado que comenzó á tomar con la mejor parte de la Europa sujeta á la misma dominacion; así que restableció juntamente el orden político

y el orden moral en el antiguo imperio. Ya habia reparado los mayores males que causó á la humanidad y á la Religion la inundacion de los bárbaros, y sin duda hubieran perfeccionado esta obra algunos sucesores semejantes á él; pero la prueba que tenia que sufrir la Iglesia en aquellos tiempos de ferocidad y de ignorancia, no habia subido todavía al punto conveniente para que se viese toda la maravilla de la proteccion de Dios. No bastaba que los bárbaros musulmanes la hubiesen tan cruelmente despedazado; nuevos bárbaros vomitados de las cavernas del Norte, endurecidos entre las tempestades y los escollos, los normandos, en una palabra, por tanto tiempo aborrecidos, hicieron preferible el yugo de los árabes á las mas florecientes iglesias de Francia.

Ya se habian visto sus armadas desolando las islas Británicas y alarmando todas las costas del Océano; pero habian respetado á los franceses durante el imperio po-

deroso de un monarca que no solo era venerado y perfectamente obedecido de los suyos, sino que todos los pueblos indistintamente le llamaban el bienhechor del género humano. Algunas veces al ver á lo lejos en los mares las velas errantes de los bárbaros, se le oyó presagiar con hondos suspiros los males que despues de su muerte harian á su pueblo. Y en efecto, en tiempo de sus sucesores, los veremos esceder en rapiñas, muertes, sacrilegios, y en toda especie de escesos á los primeros mas feroces de la Galia; quitar á las instituciones y leyes de Carlo Magno su energia, y volver á sumergir el imperio en un estado mucho mas funesto, porque la recaída deja menos recursos á la curacion. Debia llegar el mal á un estado tan desesperado para que nose pudiese menos de reconocer la omnipotente mano que le reparó.

LIBRO VIGÉSIMO-QUINTO.

Desde la muerte de Carlo-Magno en el año de 814, hasta los principios del cisma de Focio en el de 858.

Los descendientes de Carlo-Magno, en Occidente, muy inferiores á este hombre sin imitador y sin modelo, pero adictos siempre á la Religion; en Oriente una larga serie de aventureros ó malvados, que se arrancaban unos á otros el imperio con la perfidia y el parricidio; tal es el espectáculo que el mundo cristiano va á presentarnos en lo que nos falta de la edad que venimos des-

cribiendo; pero veremos tambien resplandecer la fuerza y sabiduría del Altísimo, ostentándose en favor de la Iglesia de un modo tan prodigioso ó mas en muchos puntos, que en su primera edad; pues ella se sostendrá y conservará contra los esfuerzos de la crueldad y de la ignorancia, contra las armas de los bárbaros, y contra los ataques reiterados de los sarracenos y de los nor-

mandos, que en tiempos de principes débiles y muchas veces divididos por sus pueriles envidias se atreverán á todo. Harán, pues, continuas irrupciones por la Italia, la Francia, la Bélgica y la Germania; destruirán iglesias y monasterios, dispersarán y harán perecer á los clérigos y á los monges, tendrán al clero y al pueblo en continua alarma y en tumultos continuos, tanto que casi le harán incapaz del estudio, de sus propios ministerios, y de todo otro cuidado que no sea el de su seguridad personal y el de su subsistencia.

El Oriente, blanco de bárbaros menos salvages, tenia en su mismo seno las semillas de la corrupcion y los principios de desorden mas perjudiciales todavía á la Religion verdadera. Leon Armenio, uno de los generales del emperador Miguel Curopalates, aprovechándose de la imprudencia y desgracia de su soberano, ocupó su trono (1). Es cierto que le tuvieron por el mas digno, porque la nobleza de su exterior, aunque era de pequeña estatura, un aire de firmeza, una voz de trueno que en un dia de batalla obraba prodigios, y la misma hipocresía y arte de disimular, que era un talento de importancia en la nacion que habia de regir, le ganaron todos los votos de las gentes de guerra. El patriarca Nicéforo dió tambien su consentimiento, pues le coronó en 11 de julio de 813, habiéndole antes exigido una carta en que el principe profesaba la fé católica. Cuando Nicéforo le tocó los cabellos para ponerle la corona, creyó haber tocado espinas (2), y de la aspereza de su pelo se sacaron algunos agüeros, que aunque frivolos, denotan por lo menos la idea que se tenia de su carácter. Sin embargo, su genio aunque duro era tan variable, que le llamaron Camaleon en lugar de Leon. Al

principio pareció muy católico, pero en el segundo año de su reinado se declaró ya contra las santas imágenes. Le habian educado en estas impías preocupaciones, y para mayor desgracia dió con un charlatan que le prometió treinta y dos años de reinado, y que los sucesores de su sangre reinarian hasta la cuarta generacion, si abolia el culto de las imágenes, que de nuevo (815) se empezaron á calificar de idolatria como cuando los primeros iconoclastas.

Entretanto el emperador sondeó en conversacion á los señores de la corte, y les dijo, que si los cristianos de Oriente se rendian ante los sarracenos, era porque adoraban las imágenes; que todos los emperadores que las recibieron, ó habian muerto en los combates, ó habian sido arrojados vergonzosamente del trono, siendo asi que los otros habian acabado sus dias con tranquilidad en sus palacios, y habian tenido honorífica sepultura. Halló condescendientes aun entre los obispos, y el mas famoso fué Antonio, metropolitano de Silea ó Perge, capital de la Pamfilia, una de las mas grandes Sillas que dependian de Constantinopla. Antonio habia seguido siempre las observancias católicas y reconocia que eran conformes á la mas antigua tradicion; pero sacrificó su fé al favor, y la dignidad del episcopado al brillo del valimiento. Sus medios contra la Religion fueron las expresiones burlescas, y un talento superior para contar chistes y ridiculizar. Por otra parte, el pueblo de Constantinopla, mas amante que otro alguno de mudanzas y revoluciones, casi connaturalizado además con los trastornos en punto de religion, se acordó de lo que habian visto los mas en su juventud bajo los emperadores iconoclastas, y volvió á murmurar contra los monges y contra el celo de los verdaderos pastores.

Entonces la emprendió el emperador

(1) *Const. Conc. lib. 1, pag. 13.*

(2) *Simeon Magisi.*